

CAPÍTULO III

VOZ Y PRONUNCIACIÓN

La voz, ó emisión de sonidos, depende de la conformación y solidez de los órganos que la producen. Puede uno estar mejor ó peor dotado al efecto por naturaleza, mas esta debe ayudarse y corregirse con el trabajo y el arte.

Es inhábil para la palabra pública en grandes templos una voz apagada, débil é inconstante. Requiere esta pequeño local y reducido auditorio, y sólo sirve para breves pláticas. Discurso que se dirija á numeroso público exige voz clara, sólida y de largo alcance. De todas las voces, la de barítono es el mejor instrumento de elocuencia, porque en las octavas que abarca, puede más fácilmente variar sus modulaciones.

La voz alta procede con notas claras y resonantes, que dominan hasta los últimos límites de la asamblea; pero por poco que se enardezca, sube y sube hasta perderse en un falsete chillón que excita los nervios de los oyentes.

La voz baja, grave y majestuosa en el principio, tiende á descender. Sus magníficas notas van convirtiéndose en monótono y soporífero bordón; ó desplegando toda su potencia, produce, merced al eco de una elevada nave, cierto caos acústico en que no se distingue palabra.

Por el contrario, el barítono, partiendo de una dominante que transmite al oído la palabra con claridad, muévase entre las notas altas y bajas, sin rebasar el límite de armonía en los sonidos. Va combinando la resonancia de las notas altas con el cuerpo de las bajas: ejército de variadas voces que marchan al combate. «Compararía yo, dice Legouvé, las notas elevadas á la caballería: esta se reserva para brillantes ataques y cargas con música, como las notas inferiores, semejando á la artillería, destínanse para conatos de fuerza; pero el núcleo de un ejército, el elemento con que más cuenta el táctico y más emplea siempre, es la infantería: y aquí la infantería es el medio» (1). Dichoso aquel que posea hermosa voz de barítono, clara, llena, flexible y bien timbrada; y más dichoso aun, si tiene esa argentina voz que con dejarse oír fascina y hace simpática la palabra.

Más no desmayéis si, respecto á voz, no ha sido espléndida con vosotros la naturaleza. Tra-

(1) *L'Art de la Lecture*, III.

bajando, se puede, no digo adquirir nueva voz, pero sí enriquecer la que haya y corregir sus defectos. La del insigne trágico Talma, siendo joven, propendía á bajar, y daba en cavernosa; mas puso él tanta voluntad y arte en mejorarla, que resultó el potente y magnífico órgano tan conocido y admirado del público francés en el pasado siglo. Duprez y la célebre cantante García de Malibrán extendieron por maravillosa manera el registro de su voz. Los cantores de ópera le dan cuerpo, timbre y hermosura, no sólo con la gimnasia que fortifica el órgano, sino además con cierto modo de herir los sonidos.

Pues el trabajo que se toman cómicos y artistas en obsequio al mundo y sus placeres, ¿le habéis de negar á Dios y á su gloria?—Seguramente necesitaréis armaros de valor, infatigable paciencia y muy repetidos ejercicios; pero veréis vuestros esfuerzos largamente premiados con positivas ventajas. Bajaré de tono la voz alta, la muy baja saldrá de sus cavernas, se esforzará la débil, fijaráse la trémula, tomará claridad la sombría, suavizaráse la ronca, y la gangosa se reportará. Más que nada, corregid esta última: abrid bien la boca para emitir los sonidos, sacadlos del pecho y garganta, y haced cuenta que la nariz es un extraño que no ha de intervenir en la palabra sino por pura necesidad.

Formada la voz, reguladla y proporcionadla a la acción. Coged la nota dominante y sostenedla hasta el fin del discurso, variando en torno suyo las modulaciones, según los conceptos, sentimientos y pasiones que queréis expresar.—No animéis la palabra desde el principio: el derroche de alientos y sonidos, antes de estar la acción en marcha, sorprenden al oyente y le impresionan mal, y lo que es más de sentir, gastan sin propósito al orador, que se halla con un órgano cansado, precisamente al necesitar toda su fuerza. He oído á predicadores de magnífica voz echar á perder bellísimos discursos porque llegaban sofocados, desgañitados y enronquecidos á los pasajes más interesantes y patéticos, por no economizarse al principio.

Ni sólo entonces habéis de mirar por la voz; cuidadla en todo tiempo.—Al efecto, absteneos de gritar y cantar con exceso, y, cuanto sea posible, evitad en vuestra higiene y alimentación los accidentes de temperatura y cuanto pueda alterar á la corta ó á la larga los órganos vocales.

Hecho todo lo que está en vosotros para ayudar y corregir la naturaleza, servíos de la voz tal cual es, encarnando en ella vuestra alma de apóstol. No todos los violines son stradivarios, pero dícese que Paganini hacía maravillas con

el violín de un ministril. Aun cuando os falte la voz argentina que irresistiblemente emociona, creed que la tendréis simpática si en ella vibra una alma inteligente y santamente conmovida. «Hay, dice Bautain, algo de simpático en la manifestación viva y sincera de cualquier afecto. Cuando el oyente ve que el orador está de veras conmovido, conmuevese también, por especie de contagio, y empieza á sentir con él y como él.... El poder de la convicción anima, vivifica, transfigura la voz, y la torna no menos agradable que eficaz en virtud de la expresión, al modo que una alma bella, ó una inteligencia privilegiada, realza y hermosea un semblante vulgar y tal vez feo. Así pues, la mejor manera de dar el orador á su voz poder simpático, aun cuando en lo natural no lo tuviera, es expresar vivamente todo lo que dice, no sin sentirlo él mismo, para hacerlo sentir á los demás, y sobre todo, atesorar en el corazón gran benevolencia y caridad con anhelos de ejercitarlas y manifestarlas. Nada hay que más atractivo dé á la voz que la bondad de alma» (1).

Para hablar, no basta emitir sonidos, siquiera tengan estos toda la belleza del mundo; es preciso que esos sonidos vayan apropiados, corta-

(1) *Étude sur l'art de parler en public*, cap. IV, § 1.º

dos, medidos, modelados, y revistan diferentes formas que les den significación. A la pronunciación toca este oficio. Para él nos ha provisto admirablemente la naturaleza: paladar, lengua, dientes y labios toman los sonidos que despide la garganta, y los someten á un trabajo que los ajusta, transforma y convierte en palabra humana, con que el alma expresa ideas, sentimientos y pasiones. Sin pronunciación, de nada sirve la más hermosa voz; al paso que una buena pronunciación puede compensar lo que hubiere desagradable en el timbre de un orador.

Dos cosas vician la pronunciación: el acento y los resabios de los órganos vocales.

Pudiera provenir el acento del uso habitual de una lengua extraña. Difícilmente conseguirían acabada pronunciación de la lengua castellana un inglés, alemán, ruso, italiano ó francés. Con todo, si se imponen el menor uso posible de la propia lengua, y son muy observados en la conversación, pueden, como nota Legouvé, trabajar y disciplinar su acento hasta que sólo le quede, por decirlo así, el sabor ó gusto, lo preciso para ser extraño y no chocante, curioso sin dar en ridículo.

Mejor se sufre el deajo de un extranjero, que un acento regional. De estos los hay tan poco pronunciados que bien puede disimularlos la elocuen-

cia; pero otros ofrecen relieve tan desagradable, que estropean los mejores discursos.

Figuraos á Granada diciendo: «Las excelencias de esta *vertuz* y los admirables *efectos* que en el ánima obra.»

O suponed en boca de un predicador frases como estas: «*Tomat y comet*, este es mi cuerpo.»

«Representemos la *misericordia* de Cristo en nuestra palabra y en nuestra *conduta*.»

Imposible elocuencia con tales vicios de pronunciación; á todo trance hay que extirparlas, bastando para ello paciencia y voluntad.

Otros defectos de pronunciación nacen de malos hábitos no corregidos en la infancia, cuales son tartamudez, farfulla, seseo y ceceo.

La tartamudez consiste, ya en tropiezo ó penosa suspensión de la palabra ante ciertas consonantes que se presentan como piedras de choque, ya en violenta repetición de algunas sílabas, y á veces en imposibilidad de articularlas.

Si este defecto viene de viciosa conformación orgánica, la medicina verá. En tal caso, ¿hemos de conceptuarle absolutamente incorregible? No soy de ese parecer. Difícil por cierto es curarle de un modo radical, pero se le puede atenuar. Si nace de timidez, carácter irresoluto, inseguridad de pensamiento, que él mismo balbucea porque no

sabe á punto fijo lo que quiere decir, imaginación precipitada que va más aprisa que el lenguaje, entonces se le puede corregir con vigorosa y constante gimnasia de los órganos. Notad, antes de hablar, el órgano encargado de la correspondiente articulación; arrojad sobre ese órgano el aire de los pulmones, uniendo una vocal á la consonante que se quiere pronunciar; haced oír primero lenta y fuertemente la sílaba pronunciada; poco á poco acelerad el movimiento hasta que resulte lo más rápido posible; juntad, por fin, varias sílabas, y repetid los ejercicios hasta dominar el juego de lengua, labios y dientes, órganos principales de la articulación.

El tartajeo ó farfulla es una pronunciación tan precipitada, que cabalga una sílaba sobre otra, y de tal manera las embrolla, que ninguna se distingue. Esta falta tiene por causa ó el temor de hablar mal, ó la impaciencia por acabar. Se corrige con el ejercicio de medir las palabras, sílaba por sílaba, despacio al principio, luego algo más aprisa, hasta conseguirse pronunciación regular. Además, para este defecto como para el anterior, puede la precisión de hablar en público obrar tan fuertemente en la timidez ó impaciencia, que predicadores incapaces, antes de recitar en alto una oración sin temblar ó comer la mitad, llegan á moderarse en los discursos, resultando muy inteligibles.

El seseo hace pastosa la *ese*, pegando demasiado la lengua al paladar.

El ceceo sustituye la *ese* por una *ceda* suave, introduciendo la punta de la lengua entre los dientes. Ambos defectos dan al que habla aire de pueril y tonto.

Nada diremos de otros vicios más raros, que, como tales, no merecen especial mención. Para combatirlos todos, como para mejorar y pulimentar la voz, no reparéis en incesante gimnasia de los respectivos órganos. No fuera esto tan necesario, si los educadores de la infancia cuidasen de reparar oportunamente, con saludables ejercicios, la negligencia de los padres que para nada se preocupan de los malos hábitos que contraen sus hijos.

Corregidos los defectos que acabo de señalar, aún os falta algo para pronunciar bien; y es, que sepáis dar á las letras su valor, á las vocales legítima entonación, y á las consonantes articulación correcta.

Las vocales tienen diversas entonaciones, y siendo idénticas, no siempre se pronuncian del mismo modo. Además del acento prosódico, inherente á toda palabra, hay otro, que habremos de llamar *acento enfático*, más vario, libre y musi-

cal en sus inflexiones y tonos, el cual da fuerza é importancia á determinadas frases, dicciones y partículas, que importa deslindar y fijar bien en la imaginación y en la memoria de quien oye, comunicándole así los afectos del que habla. Véase como, en el siguiente ejemplo, acentuando enfáticamente pronombres aislados, forman ellos por sí solos una oración elíptica:

¿Qué papel es el que han traído?—Éste.

¿Quién ha venido?—Yo.

¿Fué él ó ella?—Él.

¿Cuyo es este libro?—Mío» (1).

Ni basta buena entonación de las vocales para la perfecta pronunciación. El oyente que sólo percibe sonidos, se cansa, los percibe mal y no alcanza su significado, de no llegarle aquellos bien precisos, y como cincelados por la articulación: este es oficio de las consonantes. Esmeraos, pues, en la pronunciación de ellas. *Labiales, dentales, linguales paladiales, guturales y nasales*, vaya todo tan correctamente articulado, que no haya lugar á equivocación por parte de quien os oye; y más, si cabe, os encarezco ese cuidado en las sílabas finales. Siendo yo joven, y aconsejándome de un predicador famoso, este me aseguró que debía sus triunfos al esmero en pro-

(1) Academia Española, *Gramática Castellana*, Parte Tercera.

nunciar distintamente las palabras y articular todas las sílabas. Reconociendo y todo en la declaración un rasgo de modestia, ya que por mucho entraban en su fama la composición y elocuencia extraordinaria, no obstante, aprendí una gran verdad: cuan importante es la articulación en la palabra pública. Le da claridad, energía, vehemencia y pasión. Tal es su poder, que puede subsanar la debilidad de la voz y hacerla oír de un numeroso auditorio.

Repito y no me canso: cuidado con la articulación. Aunque al principio exageréis más ó menos, poco á poco os iréis connaturalizando, y acabaréis por practicar esta regla de un profesor eminente: «Pronuncia, no para ser oído, sino para ser escuchado» (1).

Poco será cuanto se inculque á los encargados de formar jóvenes para la predicación que los acostumbren á pronunciar debidamente, haciéndoles leer en público composiciones de antemano examinadas y criticadas con rigor.

(1) LEGOUVÉ, *L'art de la lecture*, cap. vi, Pronunciación.